

el impresor, el corrector, casi hasta el repartidor, y vigilar al propio tiempo el modesto puchero que en la noche debía reparar nuestras fuerzas, y componer invariablemente nuestra comida.

«A todas estas alegrías nuestros lectores tendrán la bondad de añadir el fastidio, los dolores, los embarazos, los ataques, los odios y las persecuciones que nos ha valido *La Esperanza*, y tendrán un total casi completo de toda nuestra dicha.

«En fin, puede que salgamos debiendo, después de haber gastado de nuestro peculio una cosa como 1.500 pesos.»

*México, Mayo de 1860.*

Ayer nos desayunamos con la nueva de que había otro Presidente, porque el señor Zuloaga, cansado de vivir nulificado, olvidado y despreciado, había amanecido de buen humor y por sí y ante sí se había declarado mandatario supremo, destituyendo á Miramón, á quien había puesto antes.

Sólo en estos tiempos se ven tamañas cosas.

Hoy dispuso su salida el señor Miramón, y desde muy temprano henchían las calles regimientos y batallones. Las músicas llenaban los aires con notas marciales; las banderas rasgaban el azul del cielo con su simbólica tri-

cromía; los guiones parecían incrustarse, como clavos de fuego, en el horizonte límpido, recortado apenas por otro azul más intenso, el de los volcanes; los uniformes de guardias, guías, coraceros y lanceros; los caballos que relinchaban, las viejas que corrían, llevando el desayuno á sus *juanes*; los *juanes* que descansaban sobre las armas departiendo de batallas ganadas, de sorpresas felices, de enemigos en fuga y de tiros atinados, todo inspiraba placer é infundía deseos de gozar, de esparcirse, de luchar y de vencer.

En esas mañanas comprende el verdadero soldado la hermosura de la lucha, en el campo verde, con una atmósfera espléndida, sintiendo en la espalda el picor de un solecillo primaveral y en el alma el estímulo de blandir el sable y hender un rostro ó dislocar un brazo ó apabullar un cráneo.

Apareció el señor Miramón, brioso y alegre como aquella mañana dulce que se nos metía por los poros tocando diana en nuestros corazones.

Venía en su gran caballo negro cuatralbo que llaman *Lucifer*, seguido de su Estado mayor lleno de bordados y de galones. Le saludaba al pasar la aclamación de sus fieles de Ahualulco, Atenquique y la Estancia, y él contestaba como distraído.

Al llegar á la calle de Medinas, nos detuvimos frente al número cuatro; echaron pie á tierra el Presidente,

Ayestarán, y Robles; Miramón se quedó como buscando con la vista en el grupo de su séquito, y repentinamente noté que se fijaba en mí y me le acerqué con premura.

— Ortiz, suban con nosotros usted y Hoyos.

Yo y el compañero que había sido designado, bajamos de nuestros caballos y nos dispusimos á seguir á S. E.

Miramón subía los escalones de dos en dos, nervioso, excitado, alta la frente, temblorosa la pluma del sombrero, sonando los espolines en las baldosas, teniendo con la mano izquierda el puño del espadín y dejando oscilar la banda azul, de rapacejo de oro.

Al llegar á lo alto de la breve escalera, marchamos derechos al comedor. Nosotros quedamos afuera y sólo los generales entraron; pero pudimos notar un espectáculo que habría sido edificante si no hubiera resultado cómico.

Un señor todavía de buena edad, de cuerpo regular, de nariz regular, de ojos regulares, de frente regular y de conjunto insignificante, estaba al frente de una mesa, cubierto con un saquillo ligero y un gorro griego bordado de sedas de colores y que denunciaba á leguas la manufactura doméstica. Puesto en pie bendecía al Señor por el pan que daba á la familia, por el techo que le proporcionaba, por el sol, por la lluvia, cuando vió entrar á los empenachados, que llegaban tirando tiestos, golpeando pájaros cantadores y echando al suelo el agua y el alpiste de las vasijitas que estaban dentro de las jaulas.



La matrona que presidía el desayuno se levantó asustada: la criada que conducía los chocolates en un azafate de peltre se quedó parada y sin saber qué hacer de su carga; un niño que estaba en una silla alta y sobre unos almohadones, se despeñó de aquella eminencia chillando como un becerro al ver que se llevaban á su papaíto.

Desde el corredor veíamos accionar á los cuatro generales, pues el casero era Zuloaga, y por fin salir á los

tres que habíamos acompañado llevando á empujones al del gorro bordado, que calzaba zapatillas del más rico cañamazo, con flores verdes y hojas azules, hechas con la chaquirá más fina.

Zuloaga manoteaba, se resistía, argumentaba; pero no hubo remedio: le hicieron bajar de mal modo la escalera, le colocaron en la puerta del zaguán y poniéndole frente á un caballo de mala muerte, le dijo Miramón en voz alta y delante de todo el mundo: «Voy á enseñarle á usted cómo se ganan las presidencias...»

Y Zuloaga, caída la borla del gorro, caído el bigotillo que le cubría el labio superior, caídos los párpados y más caído el ánimo, subió en el matalote, tras de picarle con los talones.

Por donde quiera que pasábamos, la primera impresión era de extrañeza; después era de regocijo y alegría. Miramón nos había dado ya muchas tragedias; ahora nos daba una comedia, que por cierto resultaba divertida y valía por alguno de los otros dramas.

Y cuando las músicas rompieron en himnos, y los tambores asordaron los aires, y los clarines lanzaron su nota aguda y fina como estilete, y los guiones se extendieron en rojas floraciones, y los estandartes mostraron sus águilas relucientes, y dardearon el cielo las espadas, y caracolearon los caballos y la multitud de aceras y balcones aplaudió y gritó vivas, un hombre marchaba, como rey

... ahora nos daba una comedia, que por cierto resultaba divertida...



de burlas, preso, espantado y deseoso de que no le tomaran en cuenta su propósito de ser presidente.

*México, Noviembre de 1860.*

¡Cuántas cosas ocurridas desde el *rapto de Helena*, como se llamó á la captura de Zuloaga! Los ministros extranjeros declarando que no hay gobierno en México; nuestra estrella opacada; Miramón derrotado en Silao; Guadalajara en poder de la demagogia.

El paso que dispuso hoy el Sr. Miramón, de seguro que obedece á ese afán que dicen tienen los ahogados de patlear á última hora, cuando ya están próximos á sucumbir. El jefe de la policía, Lagarde, llegó hoy á la Legación inglesa, preguntó por el Ministro, se le dijo que estaba fuera y acabó por pedir 600.000 pesos depositados allí... porque no se creía estuvieran seguros si por acaso se acercaba la canalla. El secretario, ó lo que fuera, se resistió diciendo que su jefe ausente guardaba las llaves de las cajas, pero de nada le valió: Lagarde hizo saltar los sellos de la Legación, rompió las cerraduras, tomó la plata y hasta más ver. Claro que no se habla de otra cosa en la ciudad; pero ya me tranquilicé un tanto porque Gordo, después de oír el parecer del gran obispo de Tenagra, acaba de fallar que esto no es *robo* sino *ocupación*. Sutil es el distingo; pero ello es que no por eso resultan menos robados los británicos...

*Otro día.*

Acaba de morir el español Rubio, plagiado por Carbajal. ¡Qué horror! Le trajeron de la ceca á la meca, le exigieron un gran rescate, le dieron tormento, y por quitame allá esas pajas, apenas el pobre *gachupín* anunciaba que no se podría juntar la cantidad ó se sabía que se acercaban tropas del Gobierno, se mandaba reunir á los facinerosos, cargar las armas, formar el cuadro y... *preparen, apunten...*

Naturalmente, á causa de tantas desazones, Rubio espichó y los de la uña se quedaron sin jícara y sin miel. Un amigo, contagiado de liberalismo, me dice que el caso tiene fácil explicación. Rubio era agente de Cobos, se entendía con él, invertía sus *utilidades* en negocitos productivos para ambos y á eso se debió la captura; parece que días antes del plagio, Rubio hablaba de emplear 200:000 pesos, sin que se le hubiera conocido antes una peseta.

Pero lo triste es que la *chinaca* sólo siga procedimientos nuestros. Días después de la batalla del Platanillo, en que cayó muerto D. Plutarco González, Gobernador del Estado de México, desapareció D. Miguel Buenrostro, diputado muy conocido, sabiéndose á poco que estaba en poder del español Cobos, que exigía una gran suma por soltarle. Fueron y vinieron embajadores; llegaron y volvieron proposiciones, y al fin, de ruego y encargo, se logró que

Cobos disminuyera sus pretensiones, pidiendo sólo diez mil pesos, que los amigos del secuestrado colectaron entre sí y entregaron... al hoy difunto y llorado Rubio...

Algo más hay escrito de mano de Venturita; pero tan disperso, tan ininteligible y tan falto de interés, que no vale la pena de insertarlo. Aquí dan fin, pues, las *Memorias de un mocho*.

Perdonad sus muchas faltas.

